

Bruno

Olga se encontraba circunstancialmente en la provincia de Buenos Aires porque decidió pasar sus vacaciones en la casa de su hermana Gertrudis, quien estaba casada con un italiano llamado Miguel. Los pocos días de estadía que tuvo conoció a la suegra de su hermana, Rosa Ambrossini, y a la mamá de ella, Sandra Giampaoli. Eran de contextura baja, tez muy blanca y unos expresivos ojos verdes enmarcaban el rostro de ambas; con unas amplias sonrisas, cautivaban. El segundo día de visita, Olga comenzó a sentirse extraña en el núcleo familiar, porque todos hablaban en italiano, hasta Gertrudis. Al mediodía su hermana la llevó a conocer el resto de la familia: a sus cuñadas Berta y Fiorella quienes estaban amasando para hacer fideos, ravioles, y pizzas caseras. Después de interrumpir la jornada por el protocolo de presentación, Olga les preguntó porque amasan tanta cantidad. Les explican que son muchos y ellos tienen el hábito de comer en abundancia.

Olga quería colaborar pero ellas no le permitían, por ser visita de la familia. Tenía curiosidad de conocer al suegro de Gertrudis, quien a la hora de poner la mesa, apareció en el salón, donde el inmenso mesón había sido limpiado y lucía un elegante mantel bordado. Rosa lo llamó: ven Bruno, tenemos visita, ella es Olga, hermana de tu nuera Gertrudis, vino de Tucumán por unos días,

Olga le extendió la mano; él se la tomó, le dio un beso en la mejilla, levantó la mirada. A Olga le llamó la atención la belleza de sus ojos intensos y azules.

Se sentaron a comer; Olga estaba inquieta pero se tranquilizó cuando Bruno dijo: "vamos a bendecir la mesa después de orar comenzaron a comer las riquísimas pastas, Olga comió tanto que tuvo que recurrir a la farmacia. Una vez repuesta, Miguel las llevó a recorrer la calle Corrientes. Olga miraba extasiada el estilo de vida de los porteños. Las amplias avenidas la impactaron, nunca había visto tanto tránsito ni edificios tan grandes.

Luego fue a la casa de Rosa y Sandra. En ese momento reapareció Bruno. Su alta y encorvada figura dejaban notar sus años; su mano derecha se posaba en su estómago. Le pidió a Rosa lo lleve al médico. Llamaron una ambulancia y lo internaron en un sanatorio cardiológico. Miguel pidió a Olga que lo acompañara, ella aceptó gustosa y, una vez en la clínica, la dejó con Bruno para abocarse a los papeles de internación. El primer día lo cuidó Miguel y Gertrudis, para ayudar vino nuevamente Olga.

Al quedarse con Bruno comenzaron una amena charla, él le preguntaba a Olga como era el pueblo donde ella vivía. Le describió una ciudad chica, tranquila, con un paisaje muy verde y un suelo como una manta bordada de distintos colores. "En septiembre los naranjos perfuman las veredas con sus blancos azahares; los lapachos, con sus flores amarillas y rosadas dan un aspecto paisajístico. Él la escuchaba extasiado. Después de una pausa en la conversación Bruno rompió el silencio y le dijo a Olga: "Yo soy Polaco, del pueblo de Sarajevo. Cuando era joven trabajé en Polonia como policía; mis padres tenían una casa modesta, criaban animales... en el tiempo libre me abocaba a reparar el cobertizo donde nos refugiamos de las intensas nevadas. Mamá sabía despedirme con un beso, al igual que papá. A veces no contaba con mucho tiempo porque nos daban cursos de enfermería y otros, en el trabajo, para capacitarnos. Pero esa tranquilidad se rompió por el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Empezaron a alistar a todos los jóvenes y yo no tuve más remedio que incorporarme voluntariamente para combatir bajo bandera de la Resistencia Francesa, porque si no, no sé qué destino me hubiese deparado el Estado. El día que dejé mi hogar, di de comer a todos los animales, dejé el cobertizo en condiciones y traté de eludir un poco a mis padres, pero debía despedirme. Abracé a mamá y a papá como si nunca más los volvería a ver. Y así me aleje de casa. De tanto en tanto me daba vuelta y los saludaba con la mano. Hasta hoy recuerdo esa despedida.

Llegue al ejército, me entregaron el uniforme y la mochila de combate, no sin antes rasurarme; aprendí a calzarme el traje de fajina: Me alistaron como soldado de primera fila de escuadrón, es decir, carne de cañón. En el primer enfrentamiento me despoje del Bruno que fui. Tuve suerte, en el primer combate no me dieron las balas, pero, cubierto por mis compañeros, retire cinco camaradas heridos, a los cuales los curé con yuyos del lugar. En el segundo enfrentamiento sufrí heridas y me repuse.

Después marchamos por territorio de Egipto. Allí aprendí a curar con miel de abejas y plantas, como me enseñaron los aldeanos. Mis compañeros me cuidaban; me querían porque era como su médico. Nos tuvieron un mes en los pantanos del Cáucaso: ahí para no engangrenarse las piernas nos cubrimos con hojas de plantas. Para darnos valor compusimos la canción "Amapola", que después de la guerra fue cantada por el mundo entero y llegó a ser famosa en Latinoamérica. Nos llevaron a combatir a Sbruk, en el África. Sentíamos terror por los animales salvajes y la vegetación del lugar. La suerte nos acompañó; fue el último. La guerra terminó, Con mis heridas me repuse y decidí emigrar para Argentina, país del cual había escuchado hablar. Me dirigí al puerto, me registré, tomé un botellón grande de agua y subí. Mire el cielo, las gaviotas volar y aspiré el oxígeno que me faltaba. El barco zarpó en un espléndido día de sol. Navegamos muchísimo. Todos veníamos en las mismas condiciones, sin nada.

Una mañana subí a la popa y vi una joven: le pregunté su nombre; me dijo "Rosa" y nos hicimos amigos. Ella venía con su hijito chico, Miguel, sin nada, sin familia. Las olas Golpeaban la embarcación, el mar estaba un poco embravecido, mirábamos el cielo y sentíamos la terrible incertidumbre de lo desconocido. El agua se nos terminaba, bebíamos de a gotas para no deshidratarnos. Fijate la ironía del destino, en la guerra los polacos odiábamos a los italianos,

porque éramos enemigos y en el barco me enamore de una italiana! Aprendí que en el amor no existe la enemistad: el amor por Rosa era el más puro y agradecido.

Cuando llegamos al puerto de Buenos Aires nos registraron como matrimonio. Al venir como soldado, condecorado con cinco medallas "Honor Star" otorgadas por la Armada Francesa, nos dieron alojamiento y comida. Con los oficios de Rosa y los míos comenzamos a trabajar y a ganarnos nuestro sustento diario. Nos casamos. Con el tiempo Polonia me mandaba una pensión. Compramos un terreno e hicimos nuestra casa. Luego Rosa me dio dos hijas: Berta y Fiorella. Aprendimos a compartir todo. Por esa razón vivimos en el mismo terreno."

Complacida su curiosidad, Olga le preguntó a Bruno de sus padres, si viven aún en Polonia. Le contó: "Supe por mi superior de guerra que murieron acribillados." Se acarició el rostro y dijo: "Estoy barbudo por qué no me afeita?" Por lo que Olga pidió una palangana a la enfermera y lo rasuro, "¿me compraría un par de culotes?" "Ay Don Bruno!, no sé qué es lo que me pide". Olga y la enfermera le señalaban las medias, la camisa, pero no lograban entender. La enfermera le dijo: "cómprele dos calzoncillos". Cuando Olga regresó con la compra, él la recibió complacido y agradecido "esto es lo que necesitaba". Allí comprendió Olga que en su idioma le llaman así a dicha prenda.

Bruno le tomó la mano y le agradeció su buena voluntad. Ella lo miró con infinita ternura y le dijo: "Don Bruno, es usted una persona admirable, digna de imitar": Bruno la abrazó y el rostro se le llenó de alegría. "Para que tengas un lindo recuerdo te cantaré la canción "Amapola" en polaco, como la cantábamos aquella vez. Al escucharlo, Olga no pudo contener sus lágrimas; imaginaba cómo sería estar en esos pantanos del Cáucaso en combate... Miraba esos ojos azules color mar, cargados de nostalgia e imborrables recuerdos.